



¡Hasta la vista, verano!

Los primeros soplos de tramontana otoñal barren de nuestra costa los últimos veraneantes y apagan los ecos del bullicio estival, dejando un aire de nostalgia en el ambiente, como después de una fiesta.

Otro verano se nos va... Un verano discolorado como niño travieso y efímero como la alegría en casa del pobre. Un verano plagado de vientos, pasado por agua, sin sol. Sin nuestro famoso sol que esta vez nos ha jugado una mala pasada, dejando malparado nuestro prestigio de país luminoso.

Porque ante todo y sobre todo, el sol juega en nuestro verano la mejor baza. Podremos carecer de árboles, podrá compararse nuestra costa con la africana, podrán faltarnos todavía muchos detalles que hagan la estancia entre nosotros de confortable; pero todo queda pequeño, todo es accesorio si el visitante encuentra esos claros días de julio y agosto, esas resplandecientes mañanas en que el cielo estrena traje nuevo, azul, sin manchas ni arrugas.

Echando una simple mirada atrás, al verano que se nos acaba de ir, se ve que ha sido corto, demasiado corto. No todo el monte es óregano, aunque de lejos lo parezca. Este asunto del turismo tampoco escapa a la regla. No es que haya sido un verano pésimo, económicamente hablando y en términos generales, pero resalta que los meses de julio y agosto, punto álgido de la temporada, son como decimos en vernáculo «faves contades». O sea, el periodo de tiempo exacto para reponer energías para poder enfrentarse con el resto del año con cierto desahogo.

En varios sitios se ha iniciado una campaña encaminada a engrosar con mayo, junio y septiembre la temporada. No sé si esto, de momento, es una utopía. Pero, positivamente, sabemos que estas cosas no se improvisan, ni vienen de golpe y porrazo. Hasta ahora, algo se ha alargado la temporada. Depende antes que nada del buen tiempo. En general, el turista de estos meses no ha alquilado una casa o ha comprometido habitación en un hotel por un número determinado de días; sino que, al considerar que puede escoger entre muy variados sitios, elige a su gusto, huyendo del mal tiempo y demás condiciones adversas.

Actualmente, sólo podemos ofrecer, además de las bellezas naturales: clima, paisaje, etc., precios asequibles, considerando el poder adquisitivo de las divisas, y también unas condiciones de alojamiento mejoradas estos últimos años. ¿Pero si el tiempo es malo, qué? El turista se aburre sin remisión. No disponemos de sucedáneos que reemplacen los únicos recursos de que disponemos.

De momento todo esto es divagar. Nos hemos de atener a realidades. En resumen: temporada corta, mal tiempo y afluencia normal.

* * *

Llueve. Gruesos goterones teclean los árboles y se hunden en el polvo del suelo. Luego, el viento rastrillea el cielo y vuelve a lucir el sol. Un sol otoñal, triste, exangüe... En fin, no hay que darle más vueltas; ya llegó el otoño ¡Hasta la vista, verano!

J. PEY.